

## INTRODUCCIÓN: ALEGATO EN FAVOR DEL ESTUDIO DE LO INSIGNIFICANTE

Juro por Dios y por España que el contenido de los seis paquetes que envía  
el Instituto «Alonso Barba», dos de ellos con destino a Suiza,  
dos a Alemania y dos a Italia, contienen folletos de trabajos publicados  
en los *Anales de la Real Sociedad Española de Física y Química*.<sup>1</sup>

Así rezaba una breve nota fechada en agosto de 1943 y escrita, presumiblemente, por el doctor en Ciencias Químicas Julio Guzmán Carrancio (1883-1956), quien en los años treinta fuera director de la Sección de Electroquímica y secretario del Instituto Nacional de Física y Química (INFQ) de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE). Este reputado científico palentino, catedrático interino de Electroquímica de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central (1929-1930),<sup>2</sup> que había sido también pensionado tanto en el Instituto Ostwald de Leipzig (Alemania, 1912-1913) —para investigar con el químico Carl Drucker (1876-1959) en compañía de Enrique Moles (1883-1953)—<sup>3</sup> como en el Bureau of Standards de Washington y la University of Berkeley de California (Estados Unidos, 1919), vio cómo, sin previo aviso, en el verano de 1936 él era uno de los expulsados del

---

<sup>1</sup> Carta de 31 de agosto de 1943; Archivo Biblioteca Rocasolano, Carpeta Libros 1943.

<sup>2</sup> Previamente había sido también auxiliar honorífico y auxiliar interino de la Facultad de Ciencias de esa universidad; AGUCM. P-0535, 36 y AGUCM. 161/07-13.

<sup>3</sup> En palabras de Enrique Moles, Drucker era el «factótum del instituto, hombre sumamente activo y amable, de aspecto meridional, pero de espíritu muy germánico»; véase SALES, Joaquim. *Enrique Moles: una biografía científica y política*, Barcelona-Madrid, Universitat de Barcelona-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2021, p. 52.

INFQ por ser considerado desafecto a la causa roja. Sin embargo, situados ya en los primeros años de la década de los años cuarenta, él era, en cambio, uno de los pocos «supervivientes» del antiguo Rockefeller, trabajando entonces en el llamado Instituto Alonso Barba del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) (Otero Carvajal y López Sánchez, 2012: 338-339; Fernández Terán, 2014: 337-344).

Como sabemos, la guerra civil española (1936-1939) trastocó de manera drástica la realidad del país. A pesar de todo, tras el golpe de Estado, Julio Guzmán decidió no abandonar España y, una vez terminada la contienda, comenzó a colaborar de nuevo con su colega Julio Palacios (1891-1970)<sup>4</sup> en la reorganización del dañado Instituto Nacional de Física y Química; un instituto que, no obstante, y tras constituirse formalmente el CSIC, quedó finalmente englobado en el nuevo Patronato Alfonso el Sabio. Un patronato en el que el antiguo vicepresidente de la JAE, José Casares Gil (1886-1961), ejercía de director de los dos nuevos institutos, Alonso Barba y Alonso de Santa Cruz, en los que se dividieron las investigaciones químicas y físicas, aunque, en la práctica, siguieran ubicadas en el mismo edificio: el viejo Rockefeller.<sup>5</sup> Así las cosas, en aquel verano de 1943, y desde el inmueble del antiguo INFQ, Julio Guzmán enviaba por correo —bajo declaración jurada con sus señas al dorso— los registros impresos de diversos trabajos científicos publicados en el órgano de expresión de la Sociedad Española de Física y Química. Sus destinatarios eran tres: los diplomáticos Guillermo Nadal y Blanes, de la legación de España en Berna (Suiza), e Ignacio Oyarzabal, consejero cultural en la Embajada española de Berlín (Alemania), y el «Sr. Harrison», secretario de la Embajada de España en Roma (Italia).<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Sobre el caso particular de Julio Palacios, véanse MALET, Antoni. «Las primeras décadas del CSIC: investigación y ciencia para el franquismo», en Ana Romero de Pablos y María Jesús Santesmases (coords.), *Cien años de política científica en España*, Bilbao, Fundación BBVA, 2008, pp. 214-235 y SÁNCHEZ RON, José Manuel. *El Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Una ventana al conocimiento (1939-2014)*, Madrid, CSIC, 2021, pp. 54-71.

<sup>5</sup> CSIC. *Estructura y norma de la investigación Nacional*, Madrid, CSIC, 1940, pp. 65-68. Desde el exilio, sin embargo, Antonio Madinaveitia, antiguo director de la Sección de Química Orgánica, afirmaba que había sido «necesaria la sublevación fascista para que el Instituto Nacional de Física y Química (Fundación Rockefeller) desapareciera como tal; ha sido dividido en dos, haciendo desaparecer el nombre del donador, y se ha puesto a su frente precisamente a aquella gente que los delegados de la Fundación Rockefeller desecharon por inútiles»; véase MADINAVEITIA TABUÑO, Antonio. «Don Blas Cabrera Felipe», *Ciencia. Revista hispano-americana de Ciencias puras y aplicadas*, vol. VI, n.º 7-9 (1945), p. 242. Sobre los procesos de purga y exilio científico y sus implicaciones en el desarrollo científico español, véanse BARONA VILAR, Josep Lluís. *El exilio científico republicano*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010 y LÓPEZ SÁNCHEZ, José María. *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*, Madrid, Los Libros de la Catarata-CSIC, 2013.

<sup>6</sup> Carta de 31 de agosto de 1943; Archivo Biblioteca Rocasolano, Carpeta Libros 1943. Una semana antes, desde la biblioteca, le habían enviado al «Sr. Harrison» una colección de separatas de los *Anales de Física y Química* con los trabajos de José M.ª Barredo y Octavio R. Foz, cuyo destino final era entregárselos «al Prof. Bonino de la Universidad de Bolonia»; carta de la bibliotecaria al Sr. Harrison, 25 de agosto de 1943; Archivo Biblioteca Rocasolano, Carpeta Libros 1943. En septiembre, era el Instituto Alonso de Santa Cruz el que enviaba a Portugal —sin remitente

Ese mismo año, y por mediación también de sus representantes diplomáticos, diversas embajadas habían realizado importantes donaciones de libros y revistas al Consejo,<sup>7</sup> por lo que, en comparación, los seis paquetes que habría enviado Julio Guzmán quedaban en nada, en poco menos que un gesto casi insignificante que, sin embargo, condensa, a nuestros ojos, muchos de los temas que van a abordarse a lo largo de este libro. Es por ello, precisamente, por lo que estas páginas introductorias se servirán de un hecho en apariencia tan intrascendente y de los datos indiciarios, fragmentarios y marginales que aporta, para situarlos ahora en un primer plano y así explicar, de forma concisa, la importancia simbólica que gestos como este tienen no solo en la composición temática del libro, sino también en la manera sistemática en que este trabajo aborda su objeto de estudio.

Hablamos, por tanto, de un estudio quizás poco convencional, pero que, humildemente, pretende sumarse a una historiografía ya abundante —aunque aún incompleta y tal vez poco debatida— sobre la historia del CSIC, así como de las ciencias y de la producción de saberes y prácticas científicas durante la dictadura de Franco.<sup>8</sup> Una extensa bibliografía con la que este libro dialoga tanto al co-

---

señalado— trabajos publicados en los *Anales de la Real Sociedad Española de Física y Química*, cuyo destinatario era el profesor de Ciencias de la Universidad de Oporto, Alberto Carlos de Brito; carta de 2 de septiembre de 1943; Archivo Biblioteca Rocasolano, Carpeta Libros 1943.

<sup>7</sup> CSIC. *Memoria de la Secretaría General (1943)*, Madrid, CSIC, 1944, p. 313.

<sup>8</sup> A lo largo de las páginas de este libro se dialoga con los ya numerosos trabajos centrados en el estudio histórico del ámbito científico español del siglo XX: SÁNCHEZ RON, José Manuel (comp.). «En torno a la historia del CSIC», *Arbor*, n.º 631-632 (1998), pp. 295-340; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (dir.). *La Destrucción de la ciencia en España. Depuración Universitaria en el franquismo*, Madrid, UCM, 2006 y *La Universidad nacionalcatólica. La reacción anti-moderna*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid-Dykinson, 2014; PUIG-SAMPER MULERO, Miguel Ángel (ed.). *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, Madrid, CSIC, 2007; ROMERO DE PABLOS, Ana y SANTESMASES, María Jesús (coords.). *Cien años de política científica en España*, Bilbao, BBVA, 2008; CABALLERO GARRIDO, Ernesto (coord.). *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas: historia de sus centros y protagonistas (1907-1939)*, Madrid, Trea, Asociación Nacional de Estudiantes e Investigadores siglo XXI, 2010 y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y LÓPEZ SÁNCHEZ, José María. *La lucha por la modernidad. Las ciencias naturales y la Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid, CSIC-Amigos de la Residencia de Estudiantes, 2012. Más concretamente, con aquellos que han abordado la realidad del CSIC y de sus centros adscritos, ya sea desde el punto de vista de su historia institucional —SANTESMASES NAVARRO DE PALENCIA, María Jesús y MUÑOZ RUIZ, Emilio. *Establecimiento de la bioquímica y de la biología molecular en España (1940-1970)*, Madrid, CSIC, 1997; LÓPEZ GARCÍA, Santiago. *Saber tecnológico en la política industrial del primer franquismo*, tesis doctoral dirigida por Mikel Buesa Blanco, Madrid, UCM, 1994 y *El patronato «Juan de la Cierva», 1946-1960: entre la unidad de la ciencia y el interés nacional*, Madrid, Fundación Empresa Pública, 1995; GÓMEZ HERRERA, Carlos. *Los primeros cuarenta años del Instituto de la Grasa (1947-1986)*, Sevilla, 1999; GONZÁLEZ IBÁÑEZ, Carlos y SANTAMARÍA GARCÍA, Antonio (eds.). *Física y química en la Colina de los Chopos. 75 años de investigación en el edificio Rockefeller del CSIC (1932-2007)*, Madrid, CSIC, 2009; CRESPO GARCÍA, Mariano et al. *Sesenta años de investigación metalúrgica en el CSIC*. Madrid, CSIC, 2009; CALVO CALVO, Luis (ed.). *El CSIC en Cataluña (1942-2012): Siete décadas de investigación científica*, Madrid, CSIC, 2012 y SÁNCHEZ RON, 2021—, como abordando su difusa política científica —NIETO et al. (coords.). *Apuntes para una política científica. Dos años de investigación en el CSIC: 1980-1982*, Madrid, CSIC, 1982; MUÑOZ, Emilio y ORNIA, Florencio. *Ciencia y tecnología: una oportunidad para España*, Madrid, Aguilar, 1986; SANZ MENÉNDEZ, Luis. *Estado, ciencia y tecnología en España: 1939-1997*, Madrid, Alianza, 1997 y DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo y LÓPEZ GARCÍA, Francisco (eds.). *Ciencia en transición. El lastre franquista ante el reto de la modernización*, Madrid, Silex, 2019b— o problematizando el atraso y/o desarrollo de determinadas ramas de la ciencia durante la dictadura franquista —SANTESMASES NAVARRO DE PALENCIA, María

mienzo como en el desarrollo de cada una de las cuatro partes en las que ha quedado organizado su contenido, buscándolo con ello dar mayor coherencia y consistencia a cada una de ellas. Del mismo modo, y en aras de alcanzar también una mayor concreción en torno a su objeto de estudio, en el libro se ha descartado conscientemente el atender tanto a las ciencias sociales como a las ciencias biomédicas y sanitarias, para tratar de profundizar —en sintonía con los intereses de la Dictadura y de la propia época— en el ámbito de las llamadas ciencias aplicadas. Algo que hemos pretendido hacer desde una perspectiva distinta de la que suele ser habitual en las monografías especializadas en la materia: apostando por una aproximación de corte interdisciplinar que tienda puentes entre la historia y la sociología de la ciencia y la historia de la edición, el libro y la lectura. Un maridaje teórico-metodológico que, como veremos, nos aporta las claves interpretativas adecuadas para alcanzar con éxito nuestro objetivo: analizar con cierto rigor teórico los criterios a través de los cuales se constituyeron, en la España franquista, tanto la(s) ciencia(s) como la definición de autoridad científica y se delimitó, a su vez, tanto práctica como discursivamente, a los actores sociales que podían (o no) estar implicados en la producción y validación del conocimiento científico-técnico de la época.

Porque, en el fondo, lo que este libro trata de hacer —valiéndose, eso sí, de lo aprendido en los temas abordados pormenorizadamente en cada una de sus partes— no es otra cosa que reconstruir —y lidiar con— esos criterios que estuvieron en juego a la hora de demarcar (Laudan, 1983; Gieryn, 1983; Woolgar, 1991; Lamont y Molnár, 2002) y definir, en aquel entonces, qué era y qué no era ciencia, protegiéndola después de interferencias y participantes indeseados (Shapin, 1992). Todo ello, además, abordado aquí, principalmente, a partir de los productos impresos de la ciencia, muchas veces sus grandes olvidados. En nuestro caso particular, publicaciones científicas y técnicas del CSIC que pondremos en relación con su contexto de producción y circulación, atendiendo así, tanto a las categorías propias de su campo como a los procedimientos de selección y construcción de su estatuto de conocimiento científico en el marco espaciotemporal de la España franquista. Publicaciones, por tanto, entendidas aquí no solo como meros vehículos o soportes de textos, sino como «objetos», productos culturales cuya dimensión formal —diseño, formato o lenguaje— se vuelve ahora crucial

---

Jesús. *Entre Cajal y Ochoa. Ciencias biomédicas en la España de Franco, 1939-1975*, Madrid, CSIC, 2001; HERRAN, Néstor y ROQUÉ, Xavier (eds.). *La Física en la Dictadura. Físicos, cultura y poder en España 1939-1975*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2012; CAMPRUBÍ, Lino. *Engineers and the Making of the Francoist Regime*, Massachusetts, MIT Press, 2014 y NIETO-GALAN, Agustí. «Constructing “Pure” and “Applied” Science in Early Francosim», *Culture & History Digital Journal*, 10, 1 (2021), 2002; disponible en línea: <https://doi.org/10.3989/chdj.2021.002> [consulta: 05-05-2022].

para atraer —o alejar— lectores y para condicionar, también, las formas en que estos los leen —en el caso de que lo hagan—. Un público lector, consumidor o mero espectador, que, no obstante, es siempre el juez último de unas publicaciones al que ellas mismas señalan textual y físicamente a través de su conformación formal y de los lugares en los que pueden adquirirse o consultarse. Todo ello entendido, además, en el contexto de un régimen dictatorial que, no olvidemos, buscó etiquetar las publicaciones de aceptables o reprobables según su contenido, aunque, en la práctica, dichos calificativos adquirían todo su sentido en función de las manos del lector en el que estas cayeran (Ruiz Bautista, 2004 y 2008).

Por tanto, devolviendo así la agencia tanto a lo escrito e impreso como a sus productores, a sus lectores y a los contextos por los que dichos productos circulan, hacemos aquí un alegato explícito en favor de lo que generalmente ha sido considerado secundario y que, en cambio, a través de la mirada que proponemos, puede volverse muy revelador. Como relevante puede ser también el hecho de que, en aquellos primeros años cuarenta, Julio Guzmán fuera de los pocos autores de la revista *Anales de la Real Sociedad Española de Física y Química* que había publicado en el periodo anterior a la Guerra Civil y que aún continuaba haciéndolo (Palao, Valera, López Fernández y Marset, 1984: 44, n. 18). Así mismo, si a mediados de los años treinta Julio Guzmán ejercía de conferenciante en la Asociación Central de Ingenieros Industriales,<sup>9</sup> en mayo de 1940 seguía disertando sobre electroquímica en la Escuela Central de Ingenieros Industriales.<sup>10</sup> Datos puntuales que bien pudieran hacernos pensar que, en realidad, para él poco o nada había cambiado; como también que, sobre el papel, Julio Guzmán figurara como secretario del Instituto Nacional de Física y Química en aquel envío de trabajos científicos realizado por correo y bajo declaración jurada, empleando para ello papel timbrado con su nombre y su antiguo teléfono y dirección del Rockefeller (Serrano, 1991).<sup>11</sup>

Sin embargo, como bien sabemos, la realidad era otra. Para entonces, la JAE ya no existía y él nunca volvió a ostentar el cargo de secretario de un instituto que, además, ya no era el mismo, tal y como dejaba patente la dirección —presente también en aquel envío— del Instituto Alonso Barba y el propio emblema del CSIC.<sup>12</sup> Ese *arbor scientiae* que germinó en España durante la posguerra y la pretendida autarquía económica e industrial; unos años, aquellos, de represión y de

<sup>9</sup> «El profesor del Instituto Nacional de Física y Química don Julio Guzmán, durante la interesante conferencia que dio en la Asociación Central de Ingenieros Industriales», *ABC*, 23-11-1935.

<sup>10</sup> «Escuela Central de Ingenieros Industriales», *ABC*, 10-05-1940.

<sup>11</sup> Carta de 31 de agosto de 1943; Archivo Biblioteca Rocasolano, Carpeta Libros 1943.

<sup>12</sup> Relación de paquetes enviados por el Instituto Alonso Barba, Instituto Nacional de Química, 30 [?] de agosto de 1943; Archivo Biblioteca Rocasolano, Carpeta Libros 1943.

depuración de la «anti-España liberal y laica», de carestía, racionamiento y «estraperlo» (Gil Pecharromán, 2008; De Riquer, 2010; Aróstegui [coord.], 2012; Viñas [ed.], 2012) por los que, sin duda, transitan también las páginas de este libro que abarca, no obstante, un periodo más amplio. Un periodo complejo y cambiante —aunque no por ello exento de pervivencias— marcado por el desenlace de la Segunda Guerra Mundial y el nuevo orden económico, científico y social resultante (Krige, 2006; Santesmases Navarro de Palencia, 2009; Camprubí, Roqué y Saez de Adana [eds.], 2018).

#### PALABRAS (O LOS FRAGMENTOS DISPERSOS QUE NUTREN LA APARIENCIA HOMOGÉNEA DEL RELATO OFICIAL SOBRE LA CIENCIA)

Decía Michel de Certeau que «hacer historia» conduce siempre a la escritura, a esa práctica significativa que transforma el material del pasado en un texto producido (Certeau, 2006: 19-20); en nuestro caso, podríamos decir, en una suerte de escenificación fragmentada del pasado que, no obstante, encuentra su unidad —es decir, la relación entre el contenido y la forma del propio libro— en el modo mismo en que se aborda su objeto de estudio. Porque, en gran medida, esta investigación parte de las tensiones inherentes al «decir» y al «hacer», sin negar por ello la potencial injerencia de los discursos sobre las prácticas. Discursos, en este caso, de personalidades concretas en instituciones determinadas que, como veremos, no debemos desligar ni de su proceso de producción ni de la praxis política a la que acompañan.

Hablamos, en este sentido y en nuestro caso particular, de los discursos del que fuera el primer presidente del CSIC y ministro de Educación Nacional de España, José Ibáñez Martín (1896-1969), «neto político al servicio de los ideales del régimen» y quien contó siempre con la estrecha colaboración de José María Albareda (1902-1966) —el «gran científico en su especialidad de edafología» (Muñoz Ruiz, 1990: 19)— como secretario general e inspirador de la obra del Consejo (Sánchez Ron, 1999: 329-371; Malet, 2008: 214-235). No en vano, era el propio Albareda quien, en abril de 1940, se preguntaba si la investigación científica podía «seguir interrumpida, sus publicaciones suspensas, su intercambio sin reanudar, mientras los rojos emigrados comienzan a publicar y los que aquí han quedado piensan que sin los que se han ido no somos capaces de organizar nada».<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Carta de José María Albareda a José Lorente (subsecretario de Gobernación), 29 de abril de 1940; AGUN/JMA/006/001/0011.

La realidad es que se puede organizar una investigación nacional con unas dimensiones y una hondura muy superiores a todo lo pasado —continuaba José María Albareda—. Treinta años de Junta para ampliación de estudios nos han dejado ramas fundamentales sin intento de labor alguna: en Filosofía, Geografía, Técnica ni siquiera se pensó. Y no es cosa de hacer ahora la crítica de muchas de las direcciones en que se trabajó.<sup>14</sup>

«No es sólo el cambio radical en la orientación de las ideas directrices del pensamiento —afirmaba José Ibáñez Martín en 1942—, es la realización misma de la investigación lo que se rectifica».<sup>15</sup> En este sentido, el propio cambio de estatus de Julio Guzmán en el seno del CSIC daba cuenta, en parte, de todo ello: él tampoco era ya director de ninguna sección, mientras que como secretarios de los nuevos institutos de física y química figuraban entonces, respectivamente, el ingeniero naval José María Otero Navascués (1907-1983) —«católico devoto y miembro leal del ejército rebelde» (Herrán y Roqué, 2012: 88; Pérez Fernández-Turégano, 2012)— y el catedrático de Química y miembro de Acción Católica Manuel Lora-Tamayo (1904-2002) (Lora-Tamayo, 1993), quien era también miembro del Consejo Nacional de Educación y que, de la mano de José Ibáñez Martín, llegaría a ser vocal y presidente de la Real Sociedad Española de Física y Química.<sup>16</sup> Por tanto, afinidades ideológicas, resentimientos y afrentas de preguerra jugaron también su papel en el proceso de desarticulación de las bases de la llamada «edad de plata» de la ciencia española. Ya que, como es bien sabido, mediante la depuración de científicos y académicos (Claret Miranda, 2006; Barona Vilar, 2010; Otero Carvajal [dir.], 2006; López Sánchez, 2013; Canales Serrano y Gómez-Rodríguez 2017) se conformó en España una nueva realidad científica establecida bajo las directrices renovadas de un régimen autoritario y violento.

Por ello precisamente, y en diálogo también con los trabajos más recientes centrados en comprender la génesis y el desarrollo de la ciencia institucional en aquella España compleja y dictatorial (Otero Carvajal, 2017; Santesmases Navarro de Palencia, 2017; Camprubí, 2017; Nieto-Galan, 2019; Delgado Gómez-Escalonilla y López García [eds.], 2019; Janué i Miret y Presas i Puig [eds.], 2021; Sánchez Ron, 2021), la primera parte de este libro se dedica a comprender y delimitar el concepto «oficial» de ciencia desplegado entonces desde la principal institución científica española: el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> CSIC. *Memoria de la Secretaría General (1942)*, Madrid, CSIC, 1943, p. 52.

<sup>16</sup> «Antonio Rius Miró permaneció como presidente de la Real Sociedad Española de Física y Química hasta 1949, cuando fue sustituido en la presidencia por Manuel Lora-Tamayo, 1949-1953, a quien sustituyó José M. Otero Navascués, 1954-1958»; véase OTERO CARVAJAL (dir.), 2014, pp. 134-135.



¿De qué hablaban cuando trataban de ciencia y técnica?, ¿a qué y a quiénes se referían?, ¿cómo lo hacían y por qué de ese modo? A estas y a otras preguntas tratamos de dar respuesta en la primera parte, titulada «Palabras», mediante un análisis pormenorizado de los discursos de José Ibáñez Martín —presidente del CSIC (1939-1967) y ministro de Educación Nacional (1939-1951)—, con el que abordamos el proceso de construcción de la «imagen» oficial de ciencia promulgada desde las altas esferas del régimen franquista. Discursos de alabanza oficialista y exaltación retórica, provistos también de elementos argumentales comunes a los «fascismos» de su tiempo (Eco, 1995; Gómez y Canales [eds.], 2009) y exhortados en contextos de comunicación propicios para el propósito pragmático común que vehiculaban: esbozar un concepto ideal de ciencia entendida como netamente nacional, pretendidamente unitaria y armoniosa, de raigambre católica y supuestamente libre, aunque estuviera, sin embargo, subordinada a «las realidades vivas que tiene planteadas el Estado».<sup>17</sup>

Ideas y argumentaciones relativas a la investigación científica que, si bien experimentaron algunas alteraciones interesantes con el transcurso del tiempo, quedaron, no obstante, fijadas en textos —esos «tejidos» coherentes de enunciados escritos u orales repletos de citas, descripciones y referentes medio escondidos— que, lejos de restringir su influencia a un ámbito meramente retórico, posicionan y marcan diferencias también en la práctica. Porque, en definitiva, detrás de los discursos de José Ibáñez Martín, lo que está en juego es la imposición de una visión pretendidamente legítima —legitimada, autorizada y oficial— de la ciencia, pero también de sus profesionales, sus productos y sus espacios. Por tanto, hablamos de una imagen oficial de ciencia que, como veremos, construye e interpela directamente al sujeto conocedor —al «experto» legitimado por el Régimen—, situándolo siempre en un lugar diferencial en las escalas de poder y de responsabilidad.

#### ACTORES (O LO AJENO QUE DA FORMA A SUS NOMBRES PROPIOS Y A LA IMAGEN COLECTIVA DEL CIENTÍFICO)

Sin embargo, limitar nuestra empresa tan solo al discurso oficial y reducir a los sujetos y sus contextos a meras ficciones textuales sería eludir el rumor, ese ruido sordo y continuado de las cosas silenciadas (Latour, 2007: 83-133) que son, en realidad, las que han motivado escribir este libro. Un silencio que, en buena medida, ha acompañado también a la figura histórica de Julio Guzmán, cuyo nombre, no obstante, solía aparecer asiduamente en los *Anales de la Sociedad Española de*

<sup>17</sup> CSIC. *Memoria de la Secretaría General (1940-1941)*, Madrid, CSIC, 1942, p. 2.



*Física y Química* durante la década de los años treinta. En cambio, en los primeros años cuarenta solo publicó dos artículos en la revista: «Electroanálisis de minerales españoles» (1941) y «Electroanálisis del níquel y su aplicación a garnieritas españolas» (1942); ambos firmados en colaboración con sus colegas P. Pardo<sup>18</sup> y Luis Sardaña, respectivamente, personal científico que permaneció poco tiempo más en el Instituto Alonso de Santa Cruz. No sabemos si fueron esos u otros los trabajos que, aparentemente, Julio Guzmán envió aquel verano de 1943, pero sí conocemos que, durante esos años, los trabajos realizados en su instituto, que acabaron publicándose en *Anales*, estuvieron monopolizados por los nombres de Manuel Lora-Tamayo y Antonio Rius Miró (1890-1973), secretario y director, respectivamente, del Instituto Alonso Barba del CSIC.<sup>19</sup> Como Guzmán o Lora-Tamayo, Antonio Rius Miró también fue un antiguo pensionado de la JAE convertido entonces en director de la revista *Anales* y en una figura clave de la ingeniería química en la España franquista, actuando siempre bajo la protección de su antiguo alumno, el secretario general del CSIC, José María Albareda (Nieto-Galan, 2019: 150-151).

¿Qué motivó que, mientras la mayoría de los miembros de la JAE eran depurados, algunos elegidos pasaran a ser miembros destacados del CSIC? ¿Sobre qué premisas se erigía entonces, y en ese contexto, la figura del científico legítimo?<sup>20</sup> En busca de nuevas respuestas que ensanchen, podríamos decir, las costuras de la «matriz disciplinar» (Kuhn, 2006: 312-320), y en sintonía también con trabajos recientes dedicados a superar la dicotomía entre ciencia e ideología (Camprubí, 2017; Florensa, 2017; Florensa y Roqué, 2021; Presas i Puig, 2021), en la segunda parte del libro, titulada «Actores», se aborda el estudio de la concepción socio-discursiva del ámbito científico en la España franquista. Un análisis deudor, de nuevo, de una perspectiva semiótica —pero sin por ello quedar atados a una aproximación estrictamente lingüística— que nos permite comprobar cómo ese espacio pretendidamente neutro y aséptico de lo científico devino entonces en un lugar privilegiado para el sujeto-varón-conocedor —*vir modestus* (Haraway,

<sup>18</sup> Se trata del padre Pablo Pardo de la Compañía de Jesús, quien, en julio de 1944, era profesor de Física en el Colegio de la Guardia en Galicia. A él fue al que, en julio de 1936, Miguel Catalán —su entonces profesor— concedió «la única matrícula de honor que en su vida de catedrático ha otorgado»; véase FERNÁNDEZ TERÁN, Rosario E. *El profesorado del «Instituto Nacional de Física y Química» ante la Guerra Civil, el proceso de depuración y el drama del exilio*, Madrid, UCM, 2014, p. 785.

<sup>19</sup> Archivo Biblioteca Rocasolano, Carpeta Índice de los trabajos realizados en los Institutos de Física y Química, 1931-1946.

<sup>20</sup> A la hora de hablar de «legitimidad», lo hacemos siempre considerando que, al movernos en un régimen autoritario y dictatorial, prevalece una suerte de férreo «principio de visión y división legítimo, un punto de vista legítimo del mundo, garantizado por el Estado»; es decir, un *nomos* que garantizaba qué era y qué no era oficial y legalmente legítimo; véase Bourdieu, Pierre. *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, pp. 25-26 y *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

2004)—, en el que, tal y como veremos, algunas mujeres supieron también encontrar su sitio y llegar incluso a hacerse un nombre.

En este sentido, las páginas que conforman la segunda parte del libro están dedicadas, en gran medida, al estudio del «científico» entendido como «actor» y «autor»; es decir, al estudio de las características propias y asociadas a la figura del científico legitimado por el Régimen y a todo lo concerniente al proceso de construcción de su figura, abordado aquí a través de su reflejo en las páginas de las publicaciones científicas: productos impresos validados por insituciones científicas que circulaban por espacios sociales habitados, a su vez, por personas e instituciones reconocidas dentro del propio campo científico. No en vano, su autoridad y la de sus autores emanaba entonces de un orden científico establecido al que estas publicaciones contribuían también, dando así cabida en sus páginas tan solo a aquello que —en aras del criterio dominante— merecía ser llamado ciencia (Bourdieu, 1975: 29-31). No olvidemos que la ciencia se hace también desde y con publicaciones, y quienes firman los trabajos científicos se constituyen, en esa mediación, como autores científicos. Por ello precisamente, los nombres de aquellos autores —hombres y mujeres de ciencia, aunque ellas, como veremos, no siempre empleaban el género femenino para nombrarse—, por el papel que ejercen en relación con lo escrito, significan siempre algo más que un mero nombre propio (Daston y Sibum, 2003). Quién escribe y desde dónde lo hace, y cómo se inscribe y se materializa esa «función autor» (Foucault, 1998; Wilson, 2004; Biagioli, 2006) es algo que comprobaremos a través de unas figuras muchas veces silenciadas: las mujeres de ciencia. Mujeres autoras de artículos científicos y técnicos publicados en la *Revista de Ciencia Aplicada*, la «Revista Central del Patronato» del CSIC que tenía encomendadas «las misiones investigadoras de carácter técnico e industrial con sujeción a las directrices fundamentales de unidad de la ciencia y servicio del interés nacional» y que, durante los años de dictadura que abarca este libro, conoció sus etapas de implantación, fulgor y decadencia: el Patronato Juan de la Cierva (López García, 2008: 95-103).

No obstante, este ejercicio nos sirve también para comprobar, en la práctica, la influencia que el discurso oficial del Régimen tuvo sobre las mujeres de ciencia en aquella España en la que, como sabemos, se había instaurado, por decreto, una educación y una socialización diferencial entre hombres y mujeres. ¿Qué clase de mujeres tenían entonces la legitimidad y el estatus de independencia suficiente para poder optar a ser autoras científicas bajo el franquismo? Siguiendo aquí el camino abierto ya por las investigaciones que han trabajado sobre las relaciones entre ciencia y género en España,<sup>21</sup> en esta parte del libro encontramos

<sup>21</sup> Una vez más, las referencias bibliográficas son abundantes. Entre las señeras, véanse ORTÍZ GÓMEZ, Teresa y BECERRA CONDE, Gloria (coords.). *Mujeres de ciencias: mujer, feminismo y ciencias naturales, experimentales y tecnoló-*

a mujeres de ciencia con nombres y apellidos, con expedientes y trayectorias brillantes y provistas, además, de un capital social determinado desplegado en redes de recomendaciones y relaciones sociales —y conyugales— con los científicos —varones— legitimados de su tiempo (Santesmases Navarro de Palencia, 2000; Romero de Pablos, 2016 y 2017; Romero de Pablos y Santesmases Navarro de Palencia, 2017; Pimentel Igea, 2020: 291-342). Con ello, y con los nombres de las investigadoras del CSIC que en esa España autoritaria, dictatorial y sexista ocuparon cargos de investigación y accedieron a programas de formación e intercambio en el extranjero, reconstruimos así buena parte de los «rasgos pertinentes» (Bourdieu, 1992: 230-231) y de los perfiles socio-profesionales de aquellas mujeres que publicaron y habitaron en «campos periféricos» —para ellas— de la ciencia (Rositter, 1997), como las ingenierías o las ciencias aplicadas; campos en los que, además, «se aplicó uno de los esfuerzos decididos de la política del Consejo» (Lora-Tamayo, 1963: 14).

#### OBJETOS (O LA REALIDAD SOCIO-MATERIAL DE UNAS REVISTAS CIENTÍFICAS QUE INCORPORAN SIGNIFICADOS Y CONTRIBUYEN A ESTRUCTURAR EL CAMPO CIENTÍFICO)

«El conocimiento científico, como el lenguaje —escribió Thomas S. Kuhn en 1969—, o es intrínsecamente propiedad común de un grupo o no es nada» (Kuhn, 2006: 353). En este sentido, nunca está de más insistir en la importancia de estudiar no solo el conocimiento científico producido, sino también los grupos que lo crean, lo manejan e incorporan después al acervo comunitario (Nieto-Galan, 2011). Por estas cuestiones, y en relación con la comunidad científica de la España franquista, se han interesado ya autorizados estudios, basándose para ello, principalmente, en los postulados metodológicos propios del empirismo abstracto (González Blasco y Jiménez Blanco, 1979; González Blasco, 1980). Aseveraciones estadísticas siempre a tener en cuenta, pero de las que, metodológicamente hablando, pretende alejarse este libro, que apuesta, en su lugar, por atender más a las «maneras de hacer» y a los «procesos» de producción de desigualdades (Lahire, 2006: 31-40) en torno a cuestiones —a nuestro juicio decisivas— como la

---

gicas, Granada, Universidad de Granada, 1996; BARRAL MORÁN, María José; MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen; MIQUEO MIQUEO, Consuelo y SÁNCHEZ GONZÁLEZ, María Dolores (coords.). *Interacciones ciencia y género. Discursos y prácticas científicas de mujeres*, Barcelona, Icaria, 1999; PÉREZ SEDEÑO, Eulalia y ALCALÁ CORTIJO, Paloma (coords.). *Ciencia y género*, Madrid, Complutense, 2001; FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina y SANTESMASES NAVARRO DE PALENCIA, María Jesús (eds.). «Las científicas en el CSIC: una primera aproximación», *Arbor*, n.º 679-680, julio-agosto (2002), pp. 455-474 y MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen. *Pioneras españolas en las ciencias. Las mujeres del Instituto Nacional de Física y Química*, Madrid, CSIC, 2004.

construcción de la autoridad científica, la conformación —práctica y discursiva— de espacios, agentes y objetos propios de la ciencia o la constitución de lo propiamente científico como pretendidamente autónomo (Galison y Stump [eds.], 1996; Biagioli [ed.], 1999; Golinsky, 2005; Shapin, 2008 y 2010). Todo ello estudiado aquí a partir de la cultura escrita y de la producción impresa de la ciencia; porque, en realidad, a lo que este libro aspira es a conseguir relacionar la producción escrita con la circulación y las funciones sociales de lo impreso, de sus soportes y formas. Unos presupuestos teórico-metodológicos que nos mueven a apostar por un análisis relacional que tome en consideración «los motivos e interacciones humanas que los textos llevan aparejados» (Mckenzie, 2005: 32), para comprender con ello, en toda su complejidad, de qué manera los productos impresos de la ciencia adquieren valor y crédito en un tiempo y en un contexto socio-cultural determinado (Johns, 1998; Secord, 2000; Frasca-Espada y Jardine [eds.], 2000; Biagioli y Galison [eds.], 2003; Csiszar, 2018).

Como bien valoradas estaban también en España las publicaciones científicas que, según parece, Julio Guzmán encargó empaquetar y enviar al extranjero en aquel verano de 1943. Trabajos todos ellos publicados en la señera revista de la Sociedad Española de Física y Química (SEFQ), que tras la Guerra Civil había recuperado el título de «Real» otorgado en su día por Alfonso XIII (Valera Candel y López Fernández, 2001: 195, n. 451). Sin embargo, eso no fue lo único que cambió en aquella sociedad científica española: durante el verano de 1939 se procedió a la depuración de sus integrantes y comenzaba una andadura que, como veremos, culminó con la ligazón institucional de la SEFQ al CSIC. A partir de entonces no volvieron a aparecer en las páginas de la revista de la Sociedad artículos firmados por científicos españoles como Enrique Moles, Blas Cabrera, Francisco Giral o Antonio Madinaveitia y Tabuyo (1890-1974). Hombres —y nombres— ilustres a quienes Julio Guzmán había conocido bien y que ahora, sin embargo, eran denostados. En cambio, otros autores que también habían publicado en la revista durante la Segunda República, como Julio Palacios, José María Torroja, Julio Garrido o Piedad de la Cierva,<sup>22</sup> sí continuaron trabajando y publicando bajo la égida del árbol del CSIC, el cual extendía entonces sus ramas tan solo para aquellos que, decían, «tienen derecho a exigirle sombra y protección».<sup>23</sup>

Sombra, protección y también medios de expresión; pues, incluso en los tiempos más duros de la posguerra —con sus inherentes problemas de abastecimiento—, los investigadores del CSIC contaron siempre con libros y revistas

<sup>22</sup> Archivo Biblioteca Rocasolano, Carpeta Índice de los trabajos realizados en los Institutos de Física y Química, 1931-1946.

<sup>23</sup> CSIC. «Prólogo», *Memoria de la Secretaría General (1940-1941)* Madrid, CSIC, 1942, p. VI.

propios para los que nunca faltó papel. Un esfuerzo traducido también en los sucesivos incrementos de sus partidas presupuestarias que el régimen franquista llevó a cabo en aras de proyectar una imagen de ciencia robusta, sustentada en una potente labor editorial propia que contase con cobertura, difusión y financiación institucional (López Sánchez y Fernández Gallego, 2021). Todo ello, como veremos, parte integrante del férreo «contrato social de la ciencia» (Guston, 2006; Jasanoff [ed.], 2004) entablado entre la comunidad científica y el Estado, con el que este último financiaba las investigaciones al tiempo que aportaba los cauces oficiales de publicación de resultados (García Naharro, 2015b). Publicaciones científicas y técnicas del CSIC que, como las del resto de instituciones y centros oficiales del franquismo, estuvieron, además, exentas de pasar por la censura previa a la que sí estuvo sometido el grueso de la producción editorial en España hasta 1966 (Martínez Martín [dir.], 2015). Porque, como sabemos, en aquel tiempo no todas las publicaciones eran iguales: recordemos tan solo, y como ejemplo, que, por orden del 18 de febrero de 1941 —firmada por José Ibáñez Martín—, las publicaciones del CSIC fueron de obligada adquisición, «con carácter preferente a las demás», para todos los Centros de Enseñanza Media y Superior, así como para las «Bibliotecas Universitarias, Provinciales y Populares».<sup>24</sup>

Condiciones de flagrante desigualdad y de competencia a veces ilegal —y las más de las veces abusiva— que ejercían entonces las entidades oficiales —Ministerios, Consejo Superior de Investigaciones Científicas o Editora Nacional— sobre la iniciativa privada de los editores, lo que nos permite hablar, en referencia a ese periodo, de una suerte de «subordinación estructural» del ámbito comercial ante los privilegios del institucional (García Naharro, 2019), establecida no solo a través de las desigualdades en el plano mercantil, sino también, tal y como veremos, a través de la vinculación de determinados productos editoriales y servicios de publicaciones a instancias de consagración científica en estrecha relación con la esfera política. Condiciones y condicionantes, todos ellos, que motivan que detengamos nuestro estudio con la promulgación de la Ley de Prensa e Imprenta (1966) y el consiguiente fin de la previa censura, cerrándose así una etapa abierta en los tiempos de la Guerra Civil. Una etapa en la que, dentro de ese marco normativo, las instituciones científicas oficiales eran las encargadas de dar el visto bueno a las obras publicadas por empresas editoriales privadas, mediante un informe del responsable del centro correspondiente —institutos y centros del CSIC, universidades del Estado o escuelas especiales superiores—, convirtiéndose así, en la práctica, en los valedores úl-

<sup>24</sup> Orden de 18 de febrero de 1941, BOE, 28-02-1941.

timos de los trabajos científicos y técnicos que aparecían publicados en el ámbito comercial español.

Por tanto, con estos y con otros privilegios contó también entonces la producción científica del CSIC, a cuyas publicaciones nos aproximaremos en la tercera parte del libro, que lleva por título «Objetos impresos», aunque, en este caso, tan solo mediante el estudio pormenorizado de un producto y formato editorial específico: el de las revistas científicas del CSIC. Revistas científicas y técnicas oficiales que funcionaban no solo como el locus institucional de la autoridad científica en España, sino también como «ofrenda» al Caudillo y garante impreso de la producción científica del franquismo (Malet, 2008; Canales, 2019). De vital importancia se tornaba a su vez su función de intercambio con otras revistas de centros de investigación internacionales, aliviando con ello, económicamente, las cargas de las bibliotecas de los institutos del CSIC. Por tanto, hablamos de revistas oficiales redactadas mayoritariamente en castellano, por investigadores y voluntarios del Consejo pagados, en muchos casos, gracias a la recaudación de las suscripciones y de la publicidad de sus páginas. Todo un abultado número de revistas que, como veremos, respondía tanto a la necesidad de dar facilidades de publicación a los investigadores del Consejo como a una clara finalidad promocional: proyectar una imagen potente de la ciencia española, con centros de investigación productivos e influyentes. Una influencia que, sin embargo, en la práctica no siempre fue tal y que en su apuesta por la cantidad motivó, además, la aparición de duplicidades.

Sobre este tipo de publicaciones, otros estudios han atendido a su retórica y a su lenguaje para revelar la intención de sus productores (Halliday y Martin, 1993; Latour 1992: 21-62). En cambio, nuestra propuesta de análisis busca articular un relato en torno a los proyectos editoriales, los soportes materiales impresos y los espacios de circulación de estas revistas; elementos que, a la postre, juegan también un papel determinante a la hora de seleccionar a sus lectores. Para ello, en primer lugar, procederemos a descomponer las revistas y analizar después sus elementos constitutivos: desde secciones e ilustraciones hasta anuncios o nombres de muchos de los distintos actores sociales involucrados en su proceso de conformación. Elementos textuales y materiales que, unidos a la información que nos brindan sus propios lectores empíricos, nos permiten reconstruir parte de los itinerarios por los que pretendidamente circularon estos productos impresos. Espacios, trayectorias, usos y formas a las que prestamos atención por considerar que es precisamente ahí, en ese proceso siempre políticamente mediado, donde estas revistas se dotan de significado y obtienen su «identidad» y su «estatus» (Appadurai, 2003: 3-63).

## LUGARES (O LOS LÍMITES FÍSICOS Y NORMATIVOS DEL ESPACIO DE LA BIBLIOTECA, ENTENDIDO COMO MEDIO DE ORGANIZACIÓN Y RELACIÓN SOCIAL)

Unas publicaciones científicas y técnicas del CSIC que, en aquellos años, si bien saldrían esporádicamente de la clausura de los seminarios y de las bibliotecas para exponerse en la vía pública como medio, decían, «para mostrar al pueblo cómo se trabaja en todas las direcciones de la cultura»,<sup>25</sup> lo harían, a su vez, para exhibirse en el extranjero e intercambiarse con otras publicaciones. Pero también, no obstante, para testimoniar frente a la comunidad científica internacional que investigadores como Julio Guzmán seguían en activo: al igual que, durante la guerra civil española, el físico Henry Russell (1877-1957) había solicitado desde Princeton, y por motivos científicos, separatas de un artículo de Miguel Catalán publicado en *Anales de la Sociedad Española de Física y Química* (Sánchez Ron, 1994: 304-305), en aquel verano de 1943, y desde el Instituto Alonso Barba, era Julio Guzmán quien, supuestamente, enviaba entonces al extranjero diversos trabajos científicos publicados en la misma revista. No obstante, por medio de actos de motivación científica como estos fue también como la dictadura franquista apuntaló políticamente su retórica oficial de una comunidad científica española vigorosa y en plena comunicación con el mundo exterior. De nuevo, pequeños gestos que, unidos a otros de mayor envergadura como la invitación a profesores, la asistencia de investigadores españoles a congresos internacionales o la realización de estancias de investigación en el extranjero, se tornaron en elementos activos y operativos dentro del lento proceso de reconocimiento internacional de España y de su comunidad científica (Sánchez Ron, 2002: 17-31; Delgado Gómez-Escalonilla, 2007; Santesmases Navarro de Palencia, 2008; Sesma Ladrin, 2021).

Porque, a decir verdad, no fue solo a través de acuerdos, programas y reuniones cómo se entablaron entonces aquellas precarias relaciones científico-técnicas de carácter trasnacional; fue también mediante la circulación de conocimientos y productos impresos: vehículos privilegiados del conocimiento científico (Villacorta Baños, 2016) como, por ejemplo, aquellas revistas sobre energía nuclear que, en 1946, el agregado naval norteamericano en España había regalado a la biblioteca del Laboratorio y Taller de Investigación del Alto Estado Mayor de la Armada (LYTIEMA) que dirigía José María Otero Navascués y que, según parece, despertaron el interés por la investigación nuclear años antes de la fundación de la Junta de Investigaciones Atómicas (JIA) (Rubio-Varas y De la Torre, 2018: 90). Conte-

<sup>25</sup> «El libro español en manos españolas. Las publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas mostrarán, en el Día del Libro, el trabajo de los Patronatos e Institutos nacionales», *ABC*, 20-04-1941.



nidos científicos que, como apuntábamos, también fueron aprovechados por el Régimen a nivel propagandístico, tal y como ocurrió con la donación, por parte de Estados Unidos, de una pequeña biblioteca a la Junta de Energía Nuclear (JEN) (Romero de Pablos, 2018: 63-84).

Sin duda, lo fascinante de los productos impresos es que pueden llegar a cumplir las funciones más diversas e inesperadas, incluso para sus autores y/o propietarios. En ese sentido, por ejemplo, tanto la correspondencia personal de Albert Einstein como los cerca de 2400 títulos —mayoritariamente libros, pero también revistas— de su biblioteca sirven hoy para conocer mejor tanto su figura como el canon científico de su época (Holton, 2008: 8-11; Gelfand, 2019): entre ellos, libros de Ludwig Boltzmann (1844-1906) —impulsor de una filosofía científica y antimetafísica—, Wilhelm Wien, Heinrich Hertz o del propio Max Planck, que aparecen también, en nuestro caso, entre los centenares de obras de física y química pertenecientes a las bibliotecas personales de Enrique Moles y Blas Cabrera, ambas incautadas y custodiadas entonces en la biblioteca de los Institutos Alonso Barba y Alonso de Santa Cruz del CSIC.

Obras pertenecientes, por tanto, a dos personas *non gratas* para el Régimen, pero que ahora nos sirven para reconstruir, a través de sus títulos, parte de la historia de estos dos hombres ilustres de la ciencia española denostados por el franquismo. Igualmente, y de modo paradójico, estos productos impresos nos permiten también saber algo más acerca de las lecturas y de los lectores de ciencia del CSIC, la institución científica que a ambos dio de lado. Sus libros, portadores de autoridad y reflejo impreso de la identidad científica (Nye, 1993) de las disciplinas cultivadas por Moles y Cabrera, nos muestran «la continuidad [...] de la autoridad de sus expertos y de la circulación de los saberes» (Santesmases Navarro de Palencia, 2012: 301), reflejados ahora en los anhelos de conocimiento de aquellos lectores del Consejo —entre los cuales también encontramos al propio Julio Guzmán— que consultaron aquellos libros incautados. Del mismo modo, las incesantes peticiones a la biblioteca demandando la compra de publicaciones extranjeras cuestionan también, en la práctica, ese completo aislamiento científico español que no llegó a ser tal.

Con todo, y a pesar de que la escasez de presupuesto hizo prevalecer unas peticiones sobre otras —donde, de nuevo, la autoridad del solicitante era esencial—, consideramos que las solicitudes que nos han llegado se tornan hoy, a ojos del historiador, en una diminuta ventana abierta hacia la experiencia lectora del pasado. No obstante, y aún conociendo el interés por determinadas lecturas, en realidad todavía sabemos poco del uso final que se hizo de ellas: listas de autores y libros, de revistas y artículos de investigación de cuya lectura a veces desconocemos, por ejemplo, si fue finalmente realizada y en qué términos (García

Naharro, 2020a). Lo que sí sabemos, en cambio —en parte gracias a las cartas enviadas a diversos investigadores del Consejo por parte de lectores particulares—, es que, en aquella España gris de posguerra, más allá de los círculos de la llamada «alta cultura»,<sup>26</sup> existía una comunidad lectora interesada en los contenidos científicos y técnicos. Unos lectores que, como veremos en la parte final de este libro, titulada «Lugares», en su afán por conocer trataron de superar, por medios informales, los obstáculos físicos, normativos y legales del espacio regulado de las bibliotecas del CSIC. Todo un sistema de prohibiciones establecido en el Consejo, en consonancia con la política del libro desplegada en España durante el franquismo (Ruiz Bautista, 2005 y 2008; Andrés, 2012; Larraz 2014; Martínez Rus, 2012 y 2014), del que, sin embargo, podemos deducir también parte de lo que la comunidad investigadora hacía en su cotidianidad, en un tiempo que, de tan frecuente y cercano, muchas veces suele quedar silenciado. No obstante, tal y como ha intentado mostrar esta breve introducción —y pretende continuar haciendo el resto del libro—, de los supuestos que se consideran obvios y de los aspectos más insignificantes puede partir también una reflexión que torne en fundamentales las cosas, en apariencia, más triviales. Comencemos.

---

<sup>26</sup> Los espacios sociales ligados a las instituciones de la ciencia, el arte y el conocimiento, custodias del «carácter sagrado, separado y separante, de la cultura legítima»: CSIC, Real Conservatorio de Madrid, Ateneo de Madrid, Biblioteca Nacional, Sociedades y Reales Academias, etc.; véase BORDIEU, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Barcelona, Taurus, 1998, p. 32. Espacios asociados también a determinados productos impresos: los «considerados de alta cultura», de venta y circulación en espacios diferenciados a los habitados por los «libros de tipo popular»; *Boletín de la Biblioteca General del CSIC*, año I, n.º 3-4, julio-diciembre (1949), pp. 3-18 y *Ordenación del Comercio del Libro*, promulgada conjuntamente por el Sindicato Nacional del Papel, Prensa y Artes Gráficas y el Instituto Nacional del Libro Español, Madrid, 1949-1956.